

## **EDITORIAL**

# **La reformulación del quehacer educativo en un mundo de cambio**

### **El tercer milenio**

Decir que este final del Siglo XX está marcado por cambios inesperados, acelerados y profundos, suena ya a verdad de perogrullo.

Y sin embargo, coincidir en esta obviedad no nos dispensa de preguntarnos sobre el sentido de tales cambios. Sobre todo en lo que concierne a nuestras tareas, a nuestras responsabilidades, al sustento valoral de nuestros esfuerzos. ¿Qué valió la pena de lo que hemos tratado de construir con nuestro quehacer de educadores? ¿Qué quedará de aquello que nos ocupó, preocupó, incentivó en la investigación educativa cuando este enorme reacomodo global nos deje inventariar los resultados?

A los que nos preocupamos en el quehacer educativo, en sus múltiples aspectos, estas preguntas nos conciernen de un modo muy especial. Nuestra tarea es a muy largo plazo. Por su misma índole requiere que trabajemos sobre escenarios previsibles, sobre futuros deseables, en la construcción de mundos emergentes.

Incluso cuando nos preguntamos por el presente y evaluamos resultados, lo que en el fondo nos interesa son las tendencias, la congruencia entre estos resultados y el desempeño en una vida que se prolonga hacia el final del currículo; clasificamos en cohortes que marchan hacia un campo de actividades en lontananza.

Y esto parece enfatizarse en las convergencias recientes a nivel global. Jomtien se preocupa por una educación para todos evaluada en relación con los desempeños para la vida. De poco nos servirá cumplir con los objetivos del currículo si dichos objetivos no nacieran de una auténtica profecía; de haber escudriñado con acierto el futuro.

### **La tarea ineludible**

Se atribuye a la sabiduría oriental el siguiente consejo del hombre experimentado, el maestro en su sentido pleno, al joven discípulo que busca orientación para su quehacer cotidiano.

Si tus preocupaciones tienen el alcance de todo un año, lo que debes hacer es aprender a sembrar arroz.

Pero si lo que te preocupa está más allá, si quieres planear para más de diez años, entonces aprende a sembrar árboles, sobre todo árboles frutales.

Pero si eres capaz de ver más allá en el tiempo, hasta unos cien años, y más allá de ti mismo, entonces aprende a sembrar educación.

Con toda su fuerza este sabio consejo nos deja en la puerta de la pregunta crucial ¿cómo se siembra la educación?

¿Cómo, especialmente en nuestro tiempo, se acierta en el propósito de lo que será relevante, no ya en 100 años sino en los próximos 10 o 20, en los inicios del tercer milenio?

Esta pregunta obligada, esta tarea ineludible se empieza a responder escarbando en las raíces, revisando los cimientos, asumiendo nuestra propia perplejidad como el origen de toda filosofía realmente existencial.

Volver a las raíces y a los fundamentos es preguntarnos por la humanidad del hombre, por aquello que nos constituye en cuanto seres humanos.

Es también releer la historia desde esta perspectiva; no como suma de acontecimientos, ni como cronología, sino como revelación de esta misma condición humana en sus grandezas y en sus miserias.

Es además asumir las preguntas últimas de la existencia humana como criterios para concebir el quehacer educativo: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy?, ¿cuál es el camino?

Es también el humilde esfuerzo de inventariar las que llamamos necesidades básicas, aquellas que deben ser satisfechas como condición de sobrevivencia, de convivencia, pero también de vivencia plena de

---

nuestras potencialidades en cuanto seres humanos complementarios, solidarios, comunitarios.

Y este inventario no se puede quedar en simple enumeración inacabada; necesitamos ordenar, jerarquizar, estructurar. Necesitamos reconocernos en ese diseño de estructura básica de nosotros mismos, y asumir responsablemente la tarea de explicitar, transmitir, desarrollar las habilidades básicas para satisfacer este conjunto de necesidades básicas, este sistema operativo, síntesis acabada del universo en que existimos.

Y entonces, después de tomar en serio nuestra propia perplejidad, y de cumplir con esta tarea ineludible, podremos quizá encontrar el lugar de la ética en la educación y el camino para transmitir valores.

Porque finalmente del descubrimiento del significado último cobra sentido nuestro quehacer educativo.

